

2009-05-13Comentario

Queridos amigos, paz y bien.

He tenido la suerte de estar en Fátima (Portugal). No un 13 de mayo, cuando se juntan miles de personas para orar (y mis compañeros portugueses de Noviciado decían que era el día que más temían del año, porque se pasaban una semana trabajando, preparando cosas y atendiendo huéspedes y no tenían tiempo para nada, ni para rezar, casi.) Ver a la gente rezando el Santo Rosario de rodillas, escuchar la recitación de los “Ave Marías” en diferentes lenguas, hablar con gente venida de lejanos lugares para pasar un ratito en la iglesia, delante de la imagen de la Virgen, la verdad es que impresiona. Y hasta hay una capilla del padre Claret. ¿Qué más se puede pedir? Para un hijo del Inmaculado Corazón de María, Fátima es una gran oportunidad.

La Virgen María siempre nos da ejemplo de seguimiento. Ella supo permanecer cerca de Jesús y por eso dio mucho fruto. Los primeros cristianos también supieron ser buenos seguidores. Cuando surgen las primeras dificultades (discrepancias rituales, mayor o menor cercanía al judaísmo...) deciden resolverlas de forma pacífica, sin tensiones ni gritos, que es malo para la presión arterial. Hablan y se reúnen en el Concilio de Jerusalén. Un buen ejemplo para todos. ¡Ay, si en el año 1054 hubiéramos sabido resolver las discrepancias como nuestros ta-ta-ta-ta-tatarabuelos! ¡No estaríamos a punto de celebrar los mil años de la separación de los hermanos ortodoxos!

No es fácil resolver los problemas pacíficamente. Es necesario tener la suficiente humildad para aceptar que los demás pueden tener razón también. Hay que abrir los oídos para escuchar a los otros y, juntos, buscar salidas a las dificultades. Otro cuento de Anthony de Mello, para los que nos gusta “comentar” las cosas de los demás.

Sa'di de Shiraz relata esta historia acerca de sí mismo: Cuando yo era niño, era un muchacho piadoso, ferviente en la oración y en las devociones. Una noche estaba yo velando con mi padre, mientras sostenía el Corán en mis rodillas. Todos los que se hallaban en el recinto comenzaron a adormilarse y no tardaron en quedar profundamente dormidos. De modo que le dije a mi padre:

— «Ni uno solo de esos dormilones es capaz de abrir sus ojos o alzar su cabeza para decir sus oraciones. Diría uno que están todos muertos»

Y mi padre me replicó:

— «Mi querido hijo, preferiría que también tú estuvieras dormido como ellos, en lugar de murmurar».

La conciencia de la propia virtud es un riesgo muy propio de quien se embarca en la oración y en la piedad.

Vuestro hermano en la fe,
Alejandro, CMF